

Prólogo

Juan Fernando Vizcarra Schumm

La trama expuesta. Contextos y análisis de objetos socioculturales constituye un registro colectivo que entreteje, con coherencia y consistencia, escenarios, actores y prácticas relacionadas con la educación, la comunicación, las culturas digitales, la diversidad religiosa, la violencia de género, el trabajo, la corrupción y la pobreza en Aguascalientes. Es precisamente la dimensión sociocultural la que articula la obra en su conjunto y permite al lector comprender, desde la interdisciplinariedad, las fraguas complejas de lo global y lo local. Coordinado por Salvador de León Vázquez, este libro riguroso y provocador nos adentra en el contexto y en el dato, en los estados de la cuestión y en las experiencias de la investigación empírica, en la discusión teórica y en la interpretación razonada.

Como antesala y marco general de lectura, Genaro Zalpa y Rebeca Padilla de la Torre, actores centrales de nuestro campo,

nos entregan una postal crítica de los estudios socioculturales. Desde la tradición anglosajona hasta las aportaciones realizadas en Latinoamérica, México y particularmente Aguascalientes, los autores dan cuenta del camino recorrido y nos ofrecen un balance esencial necesario pensar e imaginar las trayectorias posibles de nuestro ámbito académico.

Los estudios de la cultura, aquellos que problematizan la producción social del sentido, son relativamente recientes en las ciencias sociales y no siempre ocuparon sitios de relevancia en el debate intelectual. La noción misma de cultura evolucionó desde una perspectiva etnocéntrica y patrimonialista, durante el siglo XIX, hacia concepciones complejas derivadas de las teorías y metodologías producidas en los siglos venideros. Tanto las contribuciones de la sociología urbana que desarrolló la escuela de Chicago desde las primeras décadas del siglo XX, donde destacaron los trabajos de George Herbert Mead, Robert Ezra Park, Herbert Blumer y posteriormente Erving Goffman, entre otros, como los aportes de la escuela de Frankfurt representada por Max Horkheimer, Theodor Adorno, Herbert Marcuse y Walter Benjamin, principalmente, así como los trabajos de Margaret Mead y Clifford Geertz, además de otros, constituyeron las bases para los estudios actuales sobre las subjetividades, los imaginarios y sus personificaciones.

Aunque distintas tradiciones principalmente filosóficas, psicológicas y socioantropológicas se desplegaron para indagar el universo de los significados y sus articulaciones con el comportamiento social, particularmente la creación del Centro de Estudios Culturales Contemporáneos (Center for Contemporary Cultural Studies) en 1964, en la Universidad de Birmingham, Inglaterra, representa el momento de institucionalización de un tipo de abordaje sobre la cultura que recupera lo mediático, lo masivo y lo popular para producir mediante miradas interdisciplinarias un programa académico sin precedente, y que hoy continúa siendo un faro en las diversas agendas de investigación alrededor del mundo. Tal y como lo explican Zalpa y Padilla de la Torre, las obras de Richard Hoggart, Raymond Williams, Edward P. Thompson, Stuart Hall, David Morley, Lawrence Grossberg y demás fundadores y herederos del aquel proyecto académico siguen presentes en las discusiones sobre las ideologías, las representaciones, los medios, el arte, la música y la literatura, las culturas urbanas y obreras, el consumo y los múltiples rostros de la modernidad.

En Latinoamérica, la historia nos conduce por otros senderos que al final se entrecruzan. En esta región, los estudios de la cultura se desprendieron, por

una parte, de la vasta tradición ensayística del siglo XIX que atravesó las letras, la filosofía y los estudios críticos tal como los conocemos en el presente; por otra parte, surgieron de la investigación socioantropológica y psicoanalítica de los siglos XX y XXI, con énfasis en la implementación de modelos de análisis e investigación empírica. Es un tránsito y a la vez una fragua que va del ensayo literario tal como lo entendió Michel de Montaigne: como libre ejercicio de exploración de las ideas, como prosa de reflexión y seducción que convocó a autores como Andrés Bello, José Martí, José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Jorge Luis Borges, Octavio Paz y Roberto Fernández Retamar, hasta el ensayo académico cuyo sistema de validación exige un lenguaje controlado y fundamentado a través de conceptos y categorías de análisis.

Fiel a su matriz hermenéutica, los estudios socioculturales latinoamericanos trabajan con los sistemas discursivos, las mediaciones, el arte y las culturas urbanas. Se nutren, entre otras fuentes, de la sociología reflexiva, de la antropología cultural, del posestructuralismo francés, de la semiótica y las ciencias del lenguaje, de la psicología social (principalmente de la vertiente de los estudios sobre las representaciones sociales), de los enfoques posmodernos, comunicológicos, poscoloniales y de género. A estos andamiajes se suman hoy los estudios sobre las culturas sociodigitales, las performatividades, la memoria, las imágenes, las emociones y el cuerpo desde una óptica de la cultura entendida como sistema simbólico complejo donde confluyen estructuras y agencias. Estas vertientes y convergencias están presentes en la producción intelectual de Jesús Martín-Barbero, Guillermo Bonfil Batalla, Gilberto Giménez, Néstor García Canclini, Beatriz Sarlo, Carlos Monsiváis, Roger Bartra, Sarah Corona, Renato Ortiz, Rossana Reguillo, José Manuel Valenzuela, Guillermo Orozco, Naief Yehya, Eduardo Restrepo y Mario Rufer, entre muchos otros.

¿Es posible fijar algunas coordenadas para lo que hoy llamamos estudios socioculturales latinoamericanos? ¿Cuál es el estado actual de esta perspectiva frente a otras formas de conocimiento sobre lo simbólico? Tal como hoy los conocemos, dichos estudios surgen en los márgenes de las ciencias sociales y las humanidades. Representan una postura emergente en la medida en que están reconfigurando las fronteras de los saberes disciplinarios, lo que provoca tensiones al interior de ciertos campos institucionalizados del conocimiento. Son, en efecto, una ruptura en el *continuum* de las disciplinas tradicionales. Surgieron a partir de la crisis de los paradigmas cognitivos instituidos y trastocados por las diversas transformaciones sociales. Frente a un conocimiento

fragmentado y sin vocación dialógica, éstos emergieron con aspiraciones transdisciplinarias y posdisciplinarias. Sin embargo, los estudios socioculturales no aspiran a constituirse como disciplina ni pretenden suplantar algún campo o dominio. Se proponen, en cambio, como un espacio para el pensamiento complejo que busca comprender los fenómenos emergentes principalmente asociados a las diversas crisis y reconfiguraciones de lo contemporáneo.

En cuanto a lo que podemos llamar *estatuto de científicidad*, los estudios socioculturales trabajan con paradigmas, modelos y léxicos pertinentes, pero recurren a los sistemas abiertos, a la creatividad metodológica y a la renovación de los lenguajes. Son empíricos, en efecto, pero contemplan las dimensiones fundamentales de la vida social: lo estructural (las condiciones de posibilidad), lo histórico (la temporalidad), lo situacional (aquello que *acontece* y que preocupa a la fenomenología) y lo simbólico (la trama de los significados). Esta es la ruta que comparten los autores del presente libro. *La trama expuesta* es una obra indispensable para el desarrollo regional. Recupera el espíritu del quehacer académico colaborativo y sienta las bases para la formación de generaciones futuras.

¿Cuál es el legado de este trabajo en el contexto de los estudios socioculturales latinoamericanos y mexicanos? ¿Qué premisas sobre el mundo social nos arroja este tipo de investigación y análisis, con todas sus variantes? Primero, frente a los paradigmas dominantes de la ciencia elaborados históricamente desde los dominios de la física, las matemáticas y las ciencias naturales, los estudios socioculturales nos enseñan, a partir de las aportaciones de la hermenéutica y el constructivismo, que existen distintas formas de producir científicidad. Segundo, reconocen desde las mejores tradiciones socioantropológicas, la implicación ineludible del observador con su objeto de estudio y la fragilidad epistemológica del dato. Y, tercero, hacen énfasis en las múltiples relaciones entre subjetividad, poder y cultura. Es decir, la cultura y el poder son dimensiones que se fraguan y se naturalizan a través de los procesos de socialización: se interiorizan y se reproducen mediante los aprendizajes y las rupturas. En el trabajo aquí presente se logra desesencializar, desnaturalizar y deconstruir dichos procesos. Nos recuerda, a manera de desafío ideológico, que las ciencias sociales al estudiar las relaciones de poder y sus vínculos con lo hegemónico, no permanecen exentas de dichas relaciones, claves fundamentales para la reflexividad y el pensamiento crítico.